Respirar en burbujas

María Adelaida Escobar-Trujillo

Entrar corriendo al agua,
sumergirse sin importar el frío,
el calor,
los calambres.
Contar el tiempo en burbujas,
nadar al otro extremo:
primero en libre,
luego en pecho,
como delfín en mariposa
con los ojos cerrados
de espalda.

En aquella piscina de infancia
veinticinco metros lo eran todo.
El cuerpo pequeño
era ágil,
era hermoso,
y era mío.
Las manos,
como lagartijas,
entraban suaves,
sin hacer ola en el agua.
La cabeza
giraba
flexible,
certera,
como los pájaros
que vuelan bajo
y se zambullen
para pescar su presa.

Nadar,
resistir,
contener la respiración,
¡no competir!
Danzar en el agua,
sentir cada movimiento,
cada parte del cuerpo:
la espalda ancha
los dedos arrugados de niña
la piel bronceada,
no quemada,

los ojos rojos irritados
el pelo reseco
el olor a cloro
incrustado en cada célula.

Nadar en aquella piscina era
escuchar el eco de un mar
que aún no conocía.
Él tenía niveles,
ella siempre fue la misma;
a mi altura,
a mi ritmo,
dulce y
sin olas.